

SIMPOSIO

HISTORIA DE LA MEDICINA

I EL DOCTOR MIGUEL FRANCISCO JIMENEZ, SU VIDA Y SU TIEMPO *

FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO ‡

El ámbito social y político

El año de 1833 fue de crisis política y social. Quedó, en lúgubre recuerdo, transmitido de generación en generación, como el *año del cólera*. En 1832, con los emigrantes irlandeses, se registraron los primeros casos de cólera en Quebec y el Estado de Nueva York. Implacablemente la pandemia se propagó por las rutas marítimas, hasta Nueva Orleans, Nagodoches, Brazos, y por fin a Tampico.

De Tampico siguió a San Luis Potosí y Guanajuato. Los pocos sobrevivientes

huyeron a Querétaro, donde brotó la epidemia. En la ciudad de México, el 17 de agosto se sepultaron en 24 horas 1 200 cuerpos. Por los mismos días había estallado la epidemia en Guadalajara y Monterrey. Tan sólo en la jurisdicción del arzobispado de México (que comprendía el Distrito Federal y parte de los estados de México e Hidalgo), fallecieron, víctimas de la terrible enfermedad, 21 882 personas.¹

El lúgubre acontecimiento no fue sino un episodio, de otros, de una gran importancia histórica. Antonio López de Santa Anna ocupaba la presidencia de la República, pero mientras mandaba los ejércitos en campaña, dejaba el poder en manos del honradísimo pero a veces exageradamente radical Valentín Gómez Farías cu-

* Presentado en la velada conmemorativa de la Academia, en ocasión del centenario de la muerte de don Miguel F. Jiménez, el 31 de marzo de 1976.

‡ Académico titular.

yos decretos provocaban protestas y motines en todo el país.

Durante aquellos agitados días se promulgó la ley Gómez Farías del 23 de octubre. Se suprimió la Nacional y Pontificia Universidad de México y se organizó la Dirección de Instrucción Pública. Al día siguiente, nuevo decreto creaba distintos establecimientos docentes. Uno de ellos era el de Ciencias Médicas. Su interés político fue grande pero más lo fue la transformación técnica, docente y social que implantaba.

Desde 1822 se propugnaba por una reforma médica. En vez de la Facultad de Medicina y la Escuela de Cirugía, se formaba un solo establecimiento donde se impartiera la enseñanza de la medicina, la cirugía y la obstetricia. El plan de estudios, ideado por Pedro Escobedo, fue sugerido de las *Écoles de Santé* de Francia. En la carrera de medicina era más importante el estudio y la técnica, que la obtención de los grados.

Las lecciones del Establecimiento de Ciencias Médicas comenzaron el año siguiente en el antiguo convento de los Betlemitas.

Tal era el ámbito social y político que rodeaba a Jiménez cuando se inscribió en el recientemente fundado Establecimiento de Ciencias Médicas.

En el establecimiento de ciencias médicas

En el libro de inscripciones se encuentra la partida siguiente:²

"El Sr. Dn. Miguel Jiménez, natural de la Puebla,³ de 23 años de edad, hijo de Dn. José Vicente Jiménez y de Dña. Teresa García, se inscribió el día 23 de

enero de 1835, depende del señor su padre, vive en la calle de Balvanera No. 1.*

"Entra al cuarto año escolar por haber acreditado con certificaciones arregladas al decreto de 12 de septiembre de 1837 haber ganado el tiempo. México 10 de enero de 1838. Miguel Jiménez. José Vargas. Secretario".

Los datos referentes a Jiménez durante sus estudios son escasos, como los de los primeros estudiantes del Establecimiento.

Prevía cita del doctor Casimiro Liceaga, director del Establecimiento, se reunió un jurado en la casa número 11 de la calle de Indio Triste,‡ a las seis de la tarde del día jueves 6 de septiembre de 1838, según dice el Libro de Actas de Juntas de profesores.³

"*Sesión del día 6 de septiembre de 1838.* Reunidos en la casa del Sr. Director los catedráticos D. Luis Jecker, D. Pedro Escobedo, D. Ignacio Erazo, nombrados sinodales, y el que suscribe con el objeto de examinar en Medicina y Cirugía a los alumnos D. Miguel Jiménez y D. Mariano Silva por haber concluido sus estudios médicos y según lo acreditado con los respectivos documentos que al efecto presentaron, se procede a dho. examen preguntando los referidos sinodales todo lo que juzgaron conveniente en los diversos ramos de la medicina y terminado se hizo la votación por escrutinio secreto, resultando de ello haber salido aprobados por unanimidad de éstos, lo que se hizo saber a los interesados y se concluyó la sesión. José Vargas. Secretario".

* Se llamó así por el convento. Hoy es la calle de Uruguay.

‡ Se llamó así por la escultura prehispánica apoyada en una casa de dicha calle. Hoy se llama del Carmen.

El mismo año de 1838 el doctor Miguel Franciso Jiménez era nombrado profesor interino de anatomía al lado de su maestro el doctor Manuel Andrade. Es de suponer que la actuación de Jiménez, a pesar de su juventud, fue muy eficiente, pues ya aparece en la lista de profesores agregados, y continúa apareciendo después con su nombramiento confirmado en la junta efectuada el 16 de marzo de 1841. Se le nombra entonces Prosector de Anatomía. Posiblemente seguiría el texto oficial que fue el hermoso libro de anatomía descriptiva de Cruveilhier; su nuevo cargo de prosector, sería fundamental para normar el criterio del futuro clínico.⁴

Fue profesor interino de patología interna, y posteriormente profesor propietario por su triunfo en las oposiciones. El concurso se llevó a cabo los días 16 y 17 de octubre de 1849 en el salón de exámenes del Colegio de San Juan de Letrán, pues el Establecimiento, ya para entonces Escuela de Medicina, había sido despojado del antiguo hospital y convento del Espíritu Santo.* El jurado estuvo formado por los doctores don Manuel Carpio, profesor de fisiología, don Ignacio Torres, profesor de clínica externa, don Leopoldo Río de la Loza, profesor de química, don José María Vértiz, de medicina operatoria y don Pablo Martínez del Río de obstetricia. Por ausencia de los representantes del Consejo Superior de Salubridad, el jurado nombró como sustitutos a los doctores José Ignacio Durán, Director de la Escuela, y a José María de los Reyes. Todos ellos insignes.

Los dos "cuadros insaculados por el jurado" contenían cinco cuestiones cada uno, que sorteadas resultaron las siguientes: para la lección oral: "La presencia de la albúmina en la orina ¿es característica de la enfermedad de Bright?". Para la lección escrita: "Formar la historia sobre los progresos de la Patología Interna en el presente siglo".

Miguel Jiménez fue aprobado por unanimidad y quedó como profesor titular de Patología interna.⁵ Previa permuta con el profesor de Clínica Interna, doctor Rodríguez Puebla, se hizo cargo de la cátedra de Clínica Interna, que había de ocupar brillantemente hasta poco antes de su muerte.

Su misión era dedicarse a la clínica. "Entró en la cátedra con pie derecho —dice uno de sus biógrafos—,⁶ y su lección de apertura de 1844 es de aquellas que no pierden su excelsitud. . . Ese discurso de Jiménez jamás, nunca jamás podrá olvidarse, porque contiene alto potencial de humanidad, de vida espiritual, de fuerza moral, de vitalidad en una palabra.

Hace suyo el apotegma del conocido Bouillaud como para expresar que no hay conocimientos por adivinación, a saber: el método es sin disputa el supremo regulador de todas las cosas".

Miguel Jiménez adoptó como guía para sus discípulos el *Precis pratique et raisonnée du diagnostic* escrita por Raciboski, profesor de la Facultad de Medicina de París.⁷ Tenemos en la Biblioteca del Departamento de Historia y Filosofía de las Ciencias Médicas un curioso ejemplar que perteneció a la Sociedad Filoiátrica y de Beneficencia de los alumnos de la Escuela de Medicina según reza su sello realizado.

* La casa es hoy el Casino Español.

Es un pequeño tratado, muy completo y ordenado, escrito para orientar a los alumnos en la exploración del enfermo, comenzando por la inspección, la palpación, la percusión y la auscultación. No hacía muchos años que las técnicas ideadas por Auembrugger y Laënnec habían sido vulgarizadas.

La obra a que nos referimos⁸ fue dedicada por el autor a Juan Bautista Bouillaud, profesor de clínica de la Facultad de París, quien tuvo el mérito de haber señalado las relaciones entre las enfermedades cardíacas y el reumatismo. Años después Jiménez suprimió nombres de autores y títulos de los libros de texto para decir escuetamente: "lecciones a la cabecera de los enfermos".

Debemos decir de paso que las lecciones de clínica interna de don Miguel Jiménez se impartían diariamente a las 7 de la mañana (durante algún tiempo a las 6 de la mañana) en el Hospital de San Andrés, y duraban cuando menos hora y media. Como Jiménez era Director de una sala del Hospital de San Juan de Dios, es muy posible que algunas lecciones hayan sido impartidas en este hospital.

Antes de que impartiera su cátedra el doctor Miguel Jiménez, y desde 1833, la enseñanza de la clínica había sido muy deficiente. El mismo profesor decía a sus discípulos: "por una fatalidad inconcebible, esta es la vez primera que, después de once años que lleva fundado nuestro Establecimiento, se ha pensado seriamente en realizar tan benéficas disposiciones en la parte que mira a la medicina; esta es la vez primera, en todo ese periodo, que se trata de formar, no médicos simplemente teóricos, sino prácticos verdaderamente útiles a la sociedad".

El maestro

El discurso inaugural de Miguel Jiménez en su clínica⁹ contiene ideas cuyo interés perdura; cada frase es un aforismo:

—"El trabajo que voy a comenzar no es enteramente mío, sino que vosotros también habéis de contribuir a él por vuestra parte; trabajaremos juntos; nos comunicaremos mutuamente el fruto de nuestras investigaciones particulares, y juntos las haremos servir al aprovechamiento de todos; es decir, que cuento con vosotros tanto como podéis contar conmigo; y que me hallaréis muy dispuesto a atender a vuestras reflexiones y advertencias.

—"El método es, sin disputa, el supremo regulador de todas las cosas...

—"Nada es más pernicioso que esa práctica superficial y de rutina, que se cree hacer siguiendo automáticamente y a la ligera, la visita de un profesor, sin comprender los motivos de su conducta; sin alcanzar los fundamentos de sus juicios; sin conseguir en fin, otra cosa que haber visto muchos enfermos y ninguna enfermedad...

—"Son incalculables las desventajas que origina el tener que dividir la atención entre muchos objetos, tal vez inconexos; y un solo caso bien observado, es sin disputa de mayor precio que muchos miles recorridos a galope.

—"En ninguna parte encuentra mejor que aquí su aplicación la regla de pasar de lo conocido a lo desconocido, de lo simple a lo compuesto.

—"Merced a los descubrimientos inmortales de Avenbrugger y de Laënnec, han dado al médico la facultad de ver hasta el interior de los órganos como si el cuerpo humano fuese transparente...

—“En los casos funestos, que forzosa-
mente han de sobrevenir alguna vez, lle-
varemos nuestra atención al examen ana-
tómico de las enfermedades, complemento
precioso de una buena observación. . .

—“Escudriñaremos prolijamente los ór-
ganos enfermos, extenderemos nuestras
pesquisas a todos los que esté en nuestra
posibilidad, y sobre el mismo cadáver
cerraremos nuestros apuntamientos. . .

—“Jamás me avergonzaré de confesar
mis errores; muy al contrario, yo seré el
primero en sacarlos.

—“Un buen suceso (éxito) envanece,
un error obliga a ver con más cuidado;
y si en ningún caso es disculpable la pre-
suntuosa mala fe, que sabe ocultar aque-
llos, es un crimen satisfacer la propia
vanidad a costa de la buena enseñanza.

—“Las observaciones no se disponen
milagrosamente por sí mismas en un or-
den lógico y científico, sino que es preciso
que para ello intervenga la inteligencia. . .

—“Los progresos incesantes que hace la
Ciencia, han dado lugar a que hayan en-
vejecido obras preciosísimas publicadas
no ha muchos años.

—“Suelen también advertirse los efec-
tos de esa ley extraña, que se descubre
con particularidad en las grandes épocas
de transición en la marcha del espíritu
humano, y que obliga a acariciar con cier-
ta predilección y complacencia los descu-
brimientos de la época, y a ver con lige-
reza, si no con desdeñosa frialdad, la rica
herencia que nos han legado nuestros pa-
dres.

—“Prestad toda vuestra atención a los
hechos que observeis: cercioraos bien de
todas sus circunstancias, aun las más pe-
queñas en la apariencia, para dar a vues-
tros sentidos la perspicacia y finura que

son precisas para leer correctamente en el
gran libro de la Naturaleza.

—“Al entrar en las salas, despojaos de
toda prevención, de todo espíritu sistemá-
tico o de escuela, y alejareis de vuestras
observaciones esos juicios prematuros que
tanto rebajan su mérito, y ese tinte ca-
prichoso, que retrata al autor y sus opi-
niones, más bien que al objeto que se
describe.

—“Huid de dos escollos opuestos que
por mucho tiempo han retardado los pro-
gresos de las ciencias: la ciega credulidad
en las opiniones y juicios del maestro, y la
presuntuosa confianza en las propias fuer-
zas.

—“La honradez y la buena fe sean
vuestra principal divisa; que jamás os cu-
bra la vergüenza de haberla sacrificado a
pasiones innobles y mezquinas: que los
intereses de la humanidad os deban la
más generosa abnegación: que la desgra-
cia reciba de vosotros los miramientos y
atenciones que se merece, y que el verda-
dero médico sabe emplear indistintamente
con los grandes y los pequeños, con el
miserable y el poderoso, con todas las
clases en fin, que imploran sus auxilios.

—“La constancia y una resolución fir-
me y sostenida, son palancas muy podero-
sas para triunfar en las empresas más
atrevidas. Dispuesto me hallaréis en todo
tiempo a venir en vuestro auxilio; nos
reanimaremos mutuamente en nuestro de-
saliento; trabajaremos juntos, y juntos nos
aprovecharemos del resultado de nuestras
investigaciones. . .”

Conocemos el contenido de las leccio-
nes de Miguel Jiménez porque fueron
publicadas en la *Unión Médica de México*
(periódico de la Academia de Medicina);

en el periódico de la Sociedad Filoiátrica y en el Porvenir Médico. Las que dedicó el maestro al absceso hepático que fueron clásicas y las observaciones acerca de la fiebre petequial, son las más interesantes. El tema ha sido confiado a la competencia de los doctores Sepúlveda y Martínez Báez, y no trataré acerca de ellos, pero mencionaré una comunicación muy interesante que se refiere al hidro-tórax.¹⁰

El 4 de febrero de 1856 examinó con sus alumnos un enfermo de 37 años que hacía cerca de dos meses comenzó con un dolor intenso del costado derecho, que provocaba disnea, tos, expectoración con sangre, fiebre.

El maestro hizo notar la posición del enfermo en "decúbito forzado sobre el lado derecho, precisamente el mismo que sufrió aquel dolor, y el cambio de forma que ofrece a la vista". Hace notar igualmente que: "hasta una altura muy considerable que casi es la total del pecho, la percusión nos ha dado un sonido macizo y el oído no percibe ninguna especie de respiración ni de resonancia de la voz; luego allí no existe el pulmón, y ha quedado sustituido por otro cuerpo impermeable al aire que llena la cavidad. En los puntos más altos en que la resonancia es buena, la respiración es muy débil; allí (no abajo) hay sopro tubario y broncofonía, y en los espacios intercostales, ensanchados, abovedados y renitentes, se siente fluctuación; luego lo que ha sustituido al pulmón es un líquido y el diagnóstico en consecuencia será: hidro-tórax del lado derecho".

Por la fiebre y por el estado de adinamia no duda Jiménez en decir que se trata de una *empiema*, es decir, una colección purulenta, en la pleura. En tal

virtud procede a la punción a través del espacio intercostal para lograr la evacuación de la colección purulenta. Esta vuelve a reproducirse, Jiménez hace nueva punción; y pronto el enfermo se restablece y sale del hospital enteramente curado.

Varios casos como el que se ha descrito se estudiaron también en la clínica. Cuando los enfermos sucumbían, la necropsia comprobaba o rectificaba el diagnóstico anterior.

La brevedad de tiempo no me permite hacer comentarios sobre otros casos clínicos, pero sí diremos que Jiménez con sus dotes de observación y sano juicio representa el máximo rendimiento que podía obtenerse, sin otros recursos que el examen directo de los enfermos valiéndose exclusivamente de los sentidos y sin contar con los grandes auxilios actuales de la radiología y del laboratorio.

Mientras el doctor Jiménez desarrollaba su brillante actuación docente, sus cualidades llamarían la atención de tal manera que el año de 1841, fue designado Secretario de la Escuela de Medicina,¹¹ cargo honroso que desempeñó con acierto hasta el año de 1849; ningún secretario de la Escuela había durado tanto tiempo. Como secretario, redactó el año de 1846 el Reglamento de la Escuela de Medicina que, previa aprobación del Director don José Ignacio Durán, fue impreso ese mismo año.¹² El Archivo Histórico de la Facultad conserva el manuscrito original.

Redactaba también y firmaba como Secretario, las actas que constan en el Libro de Juntas de los Profesores. Su letra es muy clara, con rasgos elegantes que no llegan a lo amanerado como a veces se acostumbraba. En 1848 y 1849, recién terminada la invasión norteamericana, fue

regidor del Ayuntamiento de la capital. Su nombre aparece entre otros firmantes de bandos y decretos; puede mencionarse una excitativa para formar la guardia nacional y dar apoyo al gobierno, amenazando por sublevaciones.¹⁴

Las ideas de la época

a) *El organicismo*

A don Miguel F. Jiménez le tocó vivir la época en que floreció el pensamiento anatomoclínico, es decir, el organicismo morfológico que se había iniciado con Morgagni desde 1766 en Bolonia. Hacia 1800 Xavier Bichat (1771-1802) demostró que, si es importante la lesión anatómica de los órganos, no es menos importante la lesión en los tejidos, a los que Bichat llamaba membranas.

Por otra parte, con Leopoldo Auenbrugger (1722-1809), Jean Nicolas Corvisart (1755-1821), René Théophile Hyacinthe Laënnec (1781-1826) y Joseph Skoda (1805-1881), se idearon las técnicas para descubrir las lesiones en el hombre vivo y se hicieron clásicas las maniobras propedéuticas de inspección, palpación, percusión y auscultación. Le tocó la gloria a Jiménez de enseñar y vulgarizar en México esas maniobras que habían dado a conocer sus maestros Joaquín Villa y Manuel Carpio.

La generación de Miguel Jiménez estaba constituida por hombres probos, muchos de ellos insignes maestros que dejaron discípulos. Muchos de ellos fueron maestros a su vez de los que fueron nuestros.

Nacidos durante el virreinato que se desintegraba, o cuando la independencia

nacional daba sus primeros pasos vacilantes, fueron educados en la religión y austeridad; crecieron respirando el aire saturado por la pólvora de nuestras guerras civiles, y con dolor lacerante, sufrieron la angustia de las invasiones extranjeras. En los días tétricos de 1847, los más dejaron las aulas y vistiendo el uniforme de la guardia nacional ofrecieron resistencia al invasor en Churubusco, en San Antonio Abad o desde los muros de su Hospital de San Andrés.

b) *El romanticismo*

Esa época corresponde a la del romanticismo, considerado no como estilo literario, sino como forma peculiar de vida.

En julio de 1969 esta Academia de Medicina celebró un simposio sobre *La medicina mexicana en el periodo romántico*,¹⁵ en el cual tomamos parte Germán Somolinos D'Ardois, Gonzalo Aguirre Beltrán y el que habla. Podemos afirmar que en México las sociedades y academias, entre las que figuran la fundada en 1836 (antecedora a la nuestra) son, por sí mismas, además de agrupaciones científicas, empresas de tipo romántico. Campea en el periódico de la primera Academia de Medicina un individualismo marcado, según el cual bastan los propios méritos y el esfuerzo para sobresalir en la sociedad.

En un artículo editorial del 10. de agosto de 1838, se hace breve historia de las transformaciones de la medicina mexicana a partir de los últimos días del virreinato. Se expresan conceptos como la oposición a la medicina por parte de la nobleza; se habla de una *Academia secreta* en Puebla, siendo así que esa Academia daba razón de sus actividades en la

GACETA DE MÉXICO, y en fin, con motivo de los afanes para sostener el periódico dice dramáticamente: "nos queda la satisfacción de haber dado nuestro óbolo y decir como los griegos: en las grandes empresas, hasta la caída es noble".

Debemos decir en honor de Jiménez y de algunos de sus contemporáneos, que en sus escritos emplearon un estilo que en su mayor parte es sencillo, claro y preciso. La actitud de los profesores en sostener la reforma médica de Valentín Gómez Farías desde 1833; su postura en la epidemia del cólera del mismo año; adquirir el antiguo Palacio de la Inquisición cediendo sus sueldos para comprar la casa; el tomar las armas contra el invasor extranjero en 1847, son apropiados para el ambiente romántico de la época. La lectura de Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo, impusieron la moda del idioma francés. Paralelamente las obras médicas eran leídas por los estudiantes con la misma facilidad que en el propio idioma.

La Academia de Medicina

El año de 1864 se estableció la Comisión Científica, Literaria y Artística de México, cuyas primeras actividades y sus consecuencias las he descrito ampliamente en la Historia de la Academia Nacional de Medicina de México.

Los principales médicos de México integraron la Sección de Medicina, la cual se independizó con el nombre de Sociedad Médica de México. El año siguiente eligió al doctor don Miguel Jiménez como presidente en sustitución del activísimo y caballeroso Carlos Ehrmann. La sociedad adoptó el nombre de Academia de Medicina el año de 1873.

El doctor Jiménez cuando dejó la presidencia de la Academia, expresó conceptos que, aunque han sido publicados, no resisto a copiarlos nuevamente:

—"¿Quién puede jactarse de abrazar con sólo sus esfuerzos no ya todo el conjunto, pero ni uno solo, hasta apurarlo, de los ramos que cultivamos?

—"Por eso acudimos periódicamente aquí, consagrandos algunos minutos de nuestras horas de descanso o de nuestras especulaciones de gabinete, no al vano intento de enseñar o de ostentar cosa alguna, sino a buscar en el cambio de ideas y en las discusiones francas con nuestros amigos un complemento de gran precio para nuestros estudios, que sería imposible alcanzar a cada uno con la dedicación y el empeño más asiduos. Por mi parte, confieso que casi nunca dejo de llevar de aquí una idea nueva, una apreciación más feliz o una materia de meditaciones graves, de ventajosa aplicación para la práctica.

—"Quien desprecie nuestras reuniones y nuestras labores, tal vez tenga razón en su orgullo; pero advierta que desprecian los modestos esfuerzos de un puñado de hombres que sólo anhelan por instruirse, por buscar en la experiencia y en la especial dedicación de otros, los documentos que ni el tiempo, ni otras muchas circunstancias les permiten adquirir; que anhelan también porque no queden olvidados hechos importantes, que puedan servir de materiales para dar, en lo venidero, a la medicina nacional.

—"No sé por qué fatalidad alcanza hasta nosotros esa apatía, ese cansancio precoz que se advierte en todas las empresas, en todas las resoluciones útiles en nuestro país. Yo hago constantes votos

porque los médicos lleguemos a desmentir con nuestros esfuerzos la creencia general de que este es un efecto del carácter nacional”.

Sus últimos años

El doctor Jiménez hasta sus últimos años trabajó en la clínica y en la docencia.

Unos médicos jóvenes y entusiastas,¹⁹ cuyos nombres eran Manuel Carmona y Valle, Manuel Domínguez, Juan María Rodríguez, José María Bandera, Francisco Chacón, Francisco Brassetti y Eduardo Liceaga, se reunían en fraternal grupo que llamaron Sociedad Familiar de Medicina. Lo supo el doctor Jiménez, los felicitó por su actuación y les expresó los deseos de asistir a sus reuniones.

“Recibimos con agradecimiento —dice el doctor Liceaga—, y considerando como gran honor que el doctor Jiménez se nos asociara, pero temíamos perder delante del maestro tan venerado nuestra jovialidad y expansiones de jóvenes; pero contra nuestros temores no fuimos nosotros los que nos acomodamos al carácter del maestro, sino él quien se avino con el nuestro... La experiencia de nuestro “hermano mayor” era para nosotros una fuente inagotable de nuevos conocimientos adquiridos ya no con el carácter dogmático del maestro sino con las persuasivas frases del amigo. Pero tuvimos la desgracia de perderlo después de una larga e incurable enfermedad que soportó con resignación cristiana, hasta que exhaló el último suspiro con la tranquilidad del hombre honrado que ha cumplido con su deber”.

Ya para entonces Jiménez había sufrido días penosos. El año de 1873 el pre-

sidente don Sebastián Lerdo de Tejada, había logrado que el Congreso elevara al carácter de constitucionales, las leyes que don Benito Juárez había promulgado en Veracruz, como medida de lucha durante la guerra de tres años. Miguel Jiménez se negó a protestar obediencia a las nuevas leyes y prefirió dejar su cargo de profesor.

Gabino Barreda, el fundador del positivismo en México y liberal innegable, comenta que en la cátedra de Clínica había permanecido (Jiménez) “hasta su deplorable muerte, con excepción de unos cuantos meses, durante los cuales se vio separado de sus alumnos por una pueril medida de circunstancias, que ni la conveniencia ni la necesidad justifican, y que vino a hacer estallar el conflicto entre las dos lógicas incompatibles que existían, según hemos indicado, en el fondo de aquella inmensa inteligencia, sojuzgada, en ciertos dominios, por los hábitos y la asociación de ideas de una primera educación, conflicto que la noble energía de su carácter debía forzosamente exagerar”.

Por disposición del mismo presidente, Jiménez fue restituido a su cátedra. El doctor Jiménez fue partidario del Imperio porque, según su carta dirigida al licenciado José Ma. Iglesias, tenía “fe de que podría fundarse un orden que, realmente aceptado por todos, acabara para siempre con la eterna anarquía que nos consume”. Auxilió a Maximiliano como gobernante, y como médico hizo, “lo que exigía de él una amistad honrosa, el lustre de su profesión y el buen nombre de México”, según comenta el doctor José Terrés.

Digamos de paso que don Gabino Barreda, y posteriormente don Agustín Ara-

gón y don José Terrés, manifiestan extrañeza de que el doctor Jiménez, a pesar de sus firmes ideas religiosas, tuviera un espíritu científico de los más sólidos que haya habido en México. En verdad que estos autores se expresaban de acuerdo con la filosofía positivista de Comte que predominaba cuando ellos escribieron.

No tuvieron en cuenta, esos maestros, que Laënnec y Pasteur eran investigadores que separaban la ciencia de sus convicciones religiosas. En el fondo de su conciencia comprendió Gabino Barreda que no había incompatibilidad. Cuando inspirado en Augusto Comte organizó la Escuela Preparatoria en 1868, confió el cargo de profesor de física al doctor Ladislao de la Pascua, quien ya para entonces era sacerdote.

El mismo don Miguel Jiménez, decía en una frase que en forma de aforismo ya hemos citado: "al entrar en las salas, despojaos de toda prevención de todo espíritu sistemático o de escuela, y alejaos de vuestras observaciones esos juicios prematuros que tanto rebajan su mérito, y ese tinte caprichoso, que retrata al autor y sus opiniones, más bien que al objeto que se describe".

Hace cien años, el 2 de abril de 1876, víctima de cáncer murió esa gran figura. Sus exequias constituyeron una verdadera apoteosis, ya que asistió una gran multitud de todas las clases sociales, de todos los criterios religiosos, de todas las opiniones políticas. Estuvieron presentes representantes de todas las sociedades científicas que en nota aparte enumeramos. Fue sepultado en el panteón del Tepeyac, de donde sus restos fueron trasladados 50 años después a la capilla de San Javier, del templo de la Santa Veracruz.

En velada solemne que se llevó a cabo en la Universidad Popular, comentaba don José Terrés: "la muerte, ese acontecimiento tan natural como las fases de la Luna o la precipitación de las lluvias... eso que a veces con un golpe mata tanto a los que deja vivos como a los que se lleva, extinguió la vida de Jiménez, aunque no pudo destruir con él los bienes que había prodigado, ni todas sus enseñanzas, monumentos de saber y recto criterio, que debemos admirar y utilizar".

REFERENCIAS

1. Fernández del Castillo, F.: *El cólera asiático*. El Médico. 10:8, 1960.
2. Arch. Histórico: *Libro de de Inscripciones*. Fs. 133.
3. Arch. Histórico: *Libro de Juntas de Catedráticos*. 1er. tomo, fs. 41v.
4. Facultad de Medicina. Archivalia Médica: *Apuntes históricos de la Escuela N. de Medicina*. Luis E. Ruiz. Publicados bajo la dirección de Francisco Fernández del Castillo y Guadalupe Pérez San Vicente. México 1963, pp. 56, 83.
5. Arch. Histórico: *Libro Primero de Oposiciones*.
6. Aragon, A.: *Diez retratos literarios de médicos eminentes mexicanos*. México 1933, p. 5.
7. Ruiz, L. E.: Loc. cit. pp. 24, 25, 28, 32.
8. Raciborski, M. A.: *Precis pratique et raisonné du diagnostic. Contenant l'inspection, la mensuration, la palpation, la depression, la percussion, l'auscultation*. Facultad de París. París, 1837.
9. Discursos pronunciado por D. M. F. Jiménez al comenzar las lecciones de Clínica en la Escuela de Medicina. Periódico de la Sociedad Filoatrica de México. México, 1844, p. 218.
10. *Clínica médica*. Lecciones dadas en la Escuela de Medicina de esta capital por el doctor Miguel Jiménez, profesor del ramo. La Unión Médica de México. 2:189, 1858.
11. Ruiz, L. E.: Loc. cit. p. 51.
12. Arch. Histórico: *Libro de Actas de las Juntas de Catedráticos*.
13. *La Escuela de Medicina de México*. Reglamento Interior de la Escuela de Medicina de México. Aprobado provisionalmente por el Gobierno. México, Imprenta de Cumplido, 1846, 34 p., 25 cms.
14. *El Ayuntamiento de la Capital a sus conciudadanos*. México, 7 de junio de 1848. (Recor-te de periódico) en el Lote Lafragua. Biblioteca Nacional.

15. Villa, J.: *Nota acerca del pectoriloquio*. Edición facsimilar. Imprenta Universitaria, 1916.
16. Somolinos, G.; Aguirre B., G. y Fernández del Castillo, F.: *La medicina mexicana en el período romántico*. GAC. MÉD. MÉX. 99:1010, 1969.
17. Periódico de la Academia Nacional de Medicina de Méjico. 2a. Epoca. Tomo 1. 1843.
18. Fernández del Castillo, F.: *Historia de la Academia Nacional de Medicina de México*. 1956, p. 21.
19. Liceaga, E.: *Mis recuerdos de otros tiempos*. Obra póstuma. Arreglo preliminar y notas por el doctor Francisco Fernández del Castillo. México, 1949, p. 54.
20. Fernández del Castillo, F.: *El positivismo de Gabino Barreda y su influencia en los médicos mexicanos*. El Médico. 4:57, 1960.
21. *Homenaje al sabio médico mexicano Miguel Francisco Jiménez*. GAC. MÉD. MÉX. (Tercera serie) 11:303, 1916.

II LA CONTRIBUCION DE DON MIGUEL F. JIMENEZ AL ESTUDIO DEL ABSCESO HEPATICO EN MEXICO *

BERNARDO SEPÚLVEDA ‡

En noviembre de 1842 presentó don Miguel Jiménez su primer trabajo formal ante la Academia de Medicina, titulado: "Absceso del hígado en comunicación con los bronquios".¹ Contaba apenas 29 años de edad, cuatro de haber recibido el título profesional y dos de ser miembro de la Corporación. Al final de su artículo, decía textualmente:

"Esta observación pertenece a una serie de casos que poseo de afecciones del hígado, que tal vez en lo de adelante me servirán de materiales para un trabajo más extenso".§

Desde entonces, era evidente su interés por el tema, al que dedicaría gran parte de su producción académica.

* Trabajo leído el 31 de marzo de 1976 en la sesión solemne de la Academia Nacional de Medicina para conmemorar el centenario de la muerte del doctor don Miguel F. Jiménez.

‡ Académico numerario.

§ No he podido encontrar en los Tomos 4 y 5 (1839 y 1840) ni en el Tomo I (Segunda época, 1843) del Periódico de la Academia de Medicina de Méjico, referencia alguna a otro caso semejante al presentado, que menciona don Miguel en el trabajo y que "comunicó oportunamente a la Academia". Con toda probabilidad, fue un comentario verbal en alguna sesión cuya acta no se publicó.

Sobresalen ya en este trabajo inicial las cualidades propias de los escritos de don Miguel: el relato preciso de los síntomas y de los signos físicos, recogidos en el metódico examen del paciente; la acertada interpretación de unos y otros; la cuidadosa vigilancia de la evolución del padecimiento, anotando día a día si era necesario, los cambios favorables o desfavorables del proceso; la descripción exacta de la terapéutica empleada, así como de sus resultados; y finalmente, la reseña minuciosa de los hallazgos en la autopsia, base para establecer atinadas correlaciones anatomoclínicas.

Junto a estas cualidades sobresalientes del contenido, destacan también en este trabajo inicial del joven maestro, los méritos de su estilo claro y conciso, de sobria modestia y admirable nitidez, libre de retórica ampulosa y de huecas especulaciones, tan comunes en los escritos médicos de su época.

Para apreciar debidamente el valor de estas primicias científicas, conviene leer la transcripción que nuestro colega aca-

démico, el erudito historiador Fernández del Castillo, hace de las disertaciones del doctor don Joaquín Pío Eguía y Muro y del licenciado don Manuel Moreno, ambas premiadas en el concurso convocado en México por el Tribunal del Protomedicato en 1790, con motivo de la coronación de Carlos IV.² El tema del concurso era "...las obstrucciones inflamatorias del hígado, que con tanta crueldad nos oprimen..." "...horrorosa y tenasísima (sic) enfermedad que de algunos años a esta parte se experimenta..."

La mayor frecuencia por aquella época de las entonces llamadas "obstrucciones inflamatorias del hígado", y que tanto alarmaba con entera justicia al Tribunal del Protomedicato, correspondía seguramente a exacerbación de la amibiasis endémica del hígado, enfermedad que a lo largo de los siglos ha venido sufriendo México.

A pesar de que las disertaciones del doctor Eguía y Muro y del cirujano Moreno se refieren a los mismos abscesos estudiados por don Miguel Jiménez; y no obstante que las descripciones de ambos disertantes dan idea de la frecuencia y gravedad del mal, así como de las manifestaciones clínicas más aparente, es enorme la distancia que desde el punto de vista científico, separa las disertaciones de 1790 de la comunicación presentada por Jiménez en 1842. Sólo medio siglo había transcurrido; pero ya se habían abierto paso las enseñanzas de Laënnec, Louis y Andral, para mencionar unos cuantos de los que más influyeron en las generaciones médicas de entonces; la exploración física tenía ya el sitio eminente que le corresponde en el diagnós-

tico; las autopsias eran cosa corriente, a diferencia de la época colonial, y tenían por fin no la demostración anatómica, sino la búsqueda de las lesiones responsables de la enfermedad y el establecimiento de sus relaciones con los signos observados en vida.

Este gran salto en los primeros decenios del México independiente, fue propicio para que un hombre dotado de claro talento, de laboriosidad infatigable y de profundo amor por la ciencia, como Jiménez, desarrollara tempranamente sus aptitudes naturales. Gracias a todo ello, desde los primeros años de su ejercicio como profesor y médico de hospital, pudo introducir los métodos que transformaron el sistema para el estudio de los enfermos y para la enseñanza de la clínica y que, al mismo tiempo, transformaron las normas para la investigación en la medicina. Estos métodos tenían por base el examen crítico de las alteraciones encontradas en el paciente o en el cadáver, para obtener, gracias a la rigurosa disciplina intelectual aplicada, conclusiones sólidas de los casos examinados. Tales conclusiones servían algunas veces para rectificar errores, admitidos con toda honradez; pero la mayor parte de ellas servía para confirmar conceptos y para hacer avanzar los conocimientos sobre los padecimientos estudiados.

Otro mérito indiscutible de don Miguel fue advertir desde los albores de su vida profesional la importancia que en la salud pública tenían dos enfermedades que por siglos han atacado con singular y maligna predilección a la población mexicana. En su famoso "Discurso pronunciado al comenzar las lecciones de clínica médica en la Escuela de Medicina",³ pu-

blicado en 1845, ofrecía a su alumnos dirigir su atención hacia

"las afecciones del hígado, el tabardillo y otras que tienen, por decirlo así, un interés nacional y que, por su frecuencia, serán acaso las primeras que exijan vuestros auxilios..."

Convencido de ese interés nacional, consagró la mayor parte de su actividad científica al estudio de ambos padecimientos, sobre los cuales escribió sus contribuciones más notables. Uno de ellos, el tabardillo, según lo explica en su presentación el maestro Martínez-Báez,⁴ ha dejado de ser ya plaga nacional; el otro, el absceso hepático, sigue por desgracia afectando con gran frecuencia y mortalidad todavía elevada, a la población mexicana de menores recursos económicos.

A pesar de las calamidades públicas que afligían al país, Jiménez seguía entregado sin pausa a su tarea. En 1856, publicó en un pequeño volumen sus célebres *Lecciones de Clínica Médica*, versión escrita de las conferencias sustentadas en el Hospital de San Andrés sobre abscesos del hígado.⁵ Estas lecciones fueron también publicadas en la *Unión Médica de México*, órgano de la Academia de Medicina, que había reanudado sus actividades, interrumpidas temporalmente durante aquellos aciagos años de invasión extranjera y guerras civiles.⁶ Por su elocuente sencillez, transcribo el primer párrafo de las lecciones:

"Tengo que dar una atención más esmerada y volver con más frecuencia al examen de los abscesos del hígado, por dos razones principales: Primera, porque es enfermedad muy común en nuestro país; lo que hace que todos los años se multipliquen en nuestras salas las ocasiones de estudiarla en todas sus circunstancias; y

segunda, porque no estando aun fijas las reglas de su buen tratamiento, nos es preciso, a fuerza de estudio, buscar a la cabecera del enfermo los mejores medios de combatir una enfermedad tan mortífera. Podría añadir una tercera razón, y sería lo poco que se adelanta meditando las obras que conocemos que tratan de la materia; pero temo que no sea mucho lo bueno que podamos agregar por nuestra parte. Sin embargo, es obligación mía el señalar ese vacío de grande interés regional, y abrir el camino que conduzca a la perfección en la semiología y a alguna cosa útil en el tratamiento de las supuraciones del hígado".

Esta breve introducción es modelo del estilo de don Miguel; en pocas frases, destaca la frecuencia y el carácter mortífero del padecimiento en México; reconoce las dificultades para el tratamiento; señala lo poco que puede aprenderse de autores extranjeros y, modestamente, expresa sus dudas de poder mejorar lo que se sabe. No obstante, considera su obligación contribuir al estudio del diagnóstico y la terapéutica del absceso hepático, por su interés nacional.

Con ese mismo estilo parco y preciso, relata quince observaciones clínicas, referentes a otros tantos casos de abscesos hepáticos, que le sirven para ejemplificar los diversos aspectos que ameritan discusión en el examen del padecimiento; pero, además, utiliza para cada exposición, la experiencia recogida en la investigación de 297 enfermos de absceso de hígado, como él dice, "bien demostrado y llevado a su término".

Tan vasta experiencia, analizada con la meticulosidad característica de don Miguel, le da seguro apoyo a sus enseñanzas; y es así como demuestra, por primera vez, que la enfermedad predomina entre los 28 y los 58 años, edades en que re-

gistra el 71 por ciento de sus casos; y que el mal afecta sobre todo al sexo masculino, en proporción cercana al 90 por ciento; si bien hace notar sus reservas en cuanto a la exactitud de esta cifra, por el hecho de tener a su cargo mayor número de enfermos varones. Esa vasta experiencia le sirve también para hacer, de manera que no ha sido superada hasta la fecha, la descripción de las múltiples formas clínicas que adopta el absceso hepático; y así mismo, le sirve para puntualizar la frecuencia relativa de la complicación más común del absceso, o sea la irrupción del material necrótico fuera del hígado, que entonces como ahora, se hacía preferentemente con apertura a los bronquios. Señala don Miguel por vez primera y en contra de la opinión corriente en su tiempo, que la apertura a los bronquios permite la curación en buen número de enfermos; y que, en cambio, la apertura al pericardio, a la pleura o al peritoneo es mortal.

El número tan elevado de autopsias que llevó a cabo Jiménez en sus casos de absceso hepático, le permite también hablar autorizadamente sobre las lesiones encontradas: la reseña de los hallazgos patológicos es, como todas las suyas, minuciosa, exacta y concreta. Refuta además la idea expresada por Louis de que los abscesos tenían membrana piogénica o quística; y en el examen microscópico de la pared del absceso, menciona un hecho que hemos comprobado experimentalmente en fecha reciente:⁷ que el tejido conjuntivo resiste la agresión morbosa, mientras que las células hepáticas son destruidas.

En cuanto al pronóstico, dice que es sumamente grave y lo demuestra con ci-

fras: de los 297 enfermos, murieron 242 y sólo curaron 55; o sea, mortalidad del 82 por ciento, que él mismo considera "proporción terrible, pero la verdadera, que no sorprenderá a quienes tengan hábito de observar accidente tan funesto".

Y en efecto, aunque don Miguel lo ignoraba, estadísticas de autores ingleses y franceses, basadas en estudios del absceso hepático en la India⁸ y en Argel,⁹ publicadas en 1854 y 1860, arrojaban con notable exactitud las mismas cifras: 82 y 80 por ciento de mortalidad. Como datos para fundar el pronóstico, menciona Jiménez la constitución general del paciente, el tamaño y profundidad de los abscesos, la vía de apertura a las estructuras vecinas y la aparición de fenómenos septicémicos.

Por lo que se refiere al tratamiento, escribe don Miguel que, ya formado el absceso, la experiencia demuestra que no cabe confiar en la reabsorción del pus; y que, por tanto, la indicación más clara es la de dar salida a este material. En esa época, consideraba necesario, antes de proceder a la intervención, que se hubieran formado adherencias entre el hígado y la pared, para evitar el riesgo del derrame en el peritoneo. Una vez establecidas las adherencias, dice que puede optarse entre la abertura franca con el bisturí o la punción con el trocar. Hasta hace pocos años, sigue diciendo, "el primer método o sea la abertura con bisturí, era el exclusivamente empleado entre nosotros"; pero "meditando con imparcialidad y detenimiento he llegado a convencerme de que la alteración del pus a que da lugar poniéndolo en contacto con el aire, produce en la economía trastornos tan profundos y formidables, que nada valen en su com-

paración cualesquiera otras ventajas con que pueda brindar de pronto"; y aunque se quiera evitar la contaminación de la cavidad "siempre se ve continuar el mal carácter del pus, y los fenómenos de septicismo y de colicación, precipitan el término funesto". Por estas consideraciones, opta decididamente por la punción con el trocar, de preferencia a través de un espacio intercostal, procedimiento que evita la temida entrada del aire al absceso; y a partir de 1854, emplea sólo este método adoptado en seguida por sus colegas y discípulos y conocido desde entonces como el método del doctor Jiménez.

En 1866, publica Jiménez ¹⁰ otra contribución fundamental sobre el tratamiento de los abscesos del hígado. Resume en ella la experiencia acumulada durante los años transcurridos y menciona dos avances importantes: el primero, se basa en el hecho de que en centenares de punciones practicadas a través de espacios intercostales, nunca ha observado la peritonitis consecutiva al derrame del pus, a pesar de haber comprobado la falta de adherencias del hígado a la pared.

Deduce por tanto que no es preciso esperar a que se constituyan tales adherencias, lo que significa perder un tiempo precioso para el enfermo; y que, en consecuencia, es necesario practicar la punción tan pronto como se ha reconocido el absceso y se ha comprobado la fluctuación intercostal, sitio por donde debe introducirse el trocar. El segundo avance, encaminado a evitar el inconveniente de la repetición de las punciones, consiste en dejar un tubo de canalización, introducido a través de la cánula, evitando siempre la entrada del aire. Jiménez reconoce que la feliz idea de aplicar el drenaje a

los abscesos del hígado, corresponde a su distinguido amigo el doctor don José María Vértiz.

Los años siguientes, continuó don Miguel publicando trabajos sobre el absceso hepático, siempre llenos de observaciones instructivas;¹¹⁻¹⁴ y en septiembre de 1875 ¹⁵ apareció en la GACETA su última comunicación, titulada *Diagnóstico diferencial en los abscesos del hígado*, que condensa su experiencia sobre tema tan importante. Este fue su postrer trabajo presentado en la Academia de Medicina; pues aunque se publicó en la GACETA en 1876 un artículo sobre *Parálisis glosolabiolaringea*, éste había sido leído ante la Sociedad Familiar de Medicina en agosto de 1874.

Es un hecho digno de citarse que el primero y el último de los trabajos formales presentados por don Miguel Jiménez ante la Academia de Medicina, en 1842 y 1875, respectivamente, versaron precisamente sobre el absceso hepático. Otro hecho también significativo, es que de los 42 artículos publicados por don Miguel en los periódicos de la Academia durante esos 33 años, 24 fueron dedicados al absceso hepático. Estos datos revelan, además de su ejemplar laboriosidad, el interés que tuvo por el padecimiento a lo largo de su fecunda vida profesional.

Una vez analizados los escritos de Jiménez sobre el tema, cabe hacer la síntesis de lo que ahora consideramos su contribución al estudio del absceso hepático. Creo que comprende dos aportaciones principales.

La primera, consiste en la descripción clínica y anatomopatológica más completa de la enfermedad, que sirvió de base desde entonces al diagnóstico del absceso

y de sus complicaciones. Cumplió así con creces, uno de los propósitos enunciados en la introducción a las lecciones de Clínica Médica en 1856.

La segunda contribución, se refiere a la terapéutica y consiste, por una parte, en demostrar la inocuidad de la punción a través de los espacios intercostales y en comprobar las ventajas de la intervención temprana, sin esperar la formación de adherencias; y por otra parte, consiste en establecer la superioridad de la punción con trocar sobre la operación abierta. Cierzo es que ya en 1828 Annesley en la India mencionaba la punción para extraer el material del absceso¹⁶ y que, por tanto la supuesta prioridad no corresponde a don Miguel; pero, aparte de que, como afirma Somolinos a este respecto, "no es la fecha de un hecho lo que condiciona su valor",¹⁷ lo importante de la contribución de Jiménez estriba en que la operación abierta era estimada tradicionalmente como el mejor procedimiento, y como tal fue utilizada por él y por sus colegas hasta 1854. Además, era el método recomendado por los autores europeos según lo afirmaba en su tesis recepcional Brassetti,¹⁸ uno de los discípulos predilectos de Jiménez. Sobre la base de su experiencia, don Miguel tuvo la originalidad de cambiar el sistema establecido y los hechos confirmaron la exactitud de su juicio. En efecto, él mismo, violando su habitual modestia, decía que la comparación era muy favorable al nuevo procedimiento;¹⁹ y Brassetti, en la tesis aludida, escribía textualmente:

*"Por último, los buenos resultados obtenidos por el método del señor Jiménez se multiplican cada día más y más, y se puede decir que su proporción con los europeos es de 10:22".*¹⁸

Cumplió así también don Miguel con el otro propósito enunciado en la introducción a las lecciones de Clínica Médica: el de contribuir a la terapéutica del absceso hepático.

La contribución de Jiménez adquiere dimensiones todavía mayores, si se toma en cuenta que su vocación por la enseñanza y sus aptitudes de maestro, atraieron a su lado lo más selecto de la juventud médica durante los treinta años que profesó la cátedra. De esta manera, formó la escuela clínica de mayor prestigio en el siglo pasado; y por intermedio de sus discípulos, sus sabias lecciones se esparcieron en todo el país y aún más allá de sus fronteras. Pero no sólo en ese ámbito y en esa época se dejó sentir la influencia de sus ideas; a lo largo del tiempo, conservaron su vigencia; y cuando a partir de 1912²⁰ se preconizó el uso de la emetina en el absceso hepático amibiano, los mejores resultados terapéuticos en los casos no complicados, se obtuvieron con la combinación de esta droga y la punción evacuadora.^{20, 21}

En los últimos años, la eficacia de la quimioterapia con el metronidazol y sus derivados,^{22, 23} así como el avance de los conocimientos sobre la amibiasis invasora del hígado, han restringido mucho las indicaciones de la intervención quirúrgica en el absceso hepático amibiano.^{24, 25} Ello no obstante, seguimos creyendo, lo mismo que don Miguel, que la punción con trocar reduce al mínimo el riesgo de la sepsis, como él diría, o sea de la contaminación bacteriana, en términos actuales. Por tanto, seguimos pensando que, cuando existe la alternativa, resulta preferible la punción a la operación abierta. Creo que decir esto, cien años después de muerto

don Miguel Jiménez, es uno de los tributos más expresivos que podemos rendir a su memoria.

AGRADECIMIENTO

Quiero expresar mi agradecimiento al señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina, por su amable invitación a participar en este homenaje a nuestro ilustre precursor, don Miguel F. Jiménez. Así mismo, quiero dar las gracias a los doctores Francisco Fernández del Castillo, Juan Somolinos y Raoul Fournier, por su valiosa ayuda en la preparación del presente trabajo.

REFERENCIAS

- Para consulta bibliográfica más completa, se recomienda la lectura de las publicaciones siguientes:
- Fournier-Villada, R.: *Bibliografía Mexicana del Absceso Hepático*. La Prensa Médica Mexicana. México, 1956.
- Fernández del Castillo, F.: *Bibliografía General de la Academia Nacional de Medicina, 1836-1956*. La Prensa Médica Mexicana. México, 1959.
- Somolinos D'Ardois, G.: *La obra del doctor Miguel F. Jiménez*. GAC. MÉD. MÉX. 97:929, 1967.
1. Jiménez, Miguel F.: *Absceso del hígado en comunicación con los bronquios*. Periódico de la Academia de Medicina de Méjico. Segunda época. Tomo I, p. 229, 1843.
 2. Fernández del Castillo, F.: *Contribución a la historia del absceso hepático (1)*. El Médico. 12:291, 1962.
 3. Jiménez, Miguel F.: *Discurso pronunciado al comenzar las lecciones de clínica médica, en la Escuela de Medicina*. Periódico de la Sociedad Filoiátrica, p. 218, 1845.
 4. Martínez-Báez, M.: *La contribución de don Miguel F. Jiménez al estudio del tifo exantemático en México*. En prensa.
 5. Jiménez, Miguel F.: *Lecciones dadas en la Escuela de Medicina de México. Parte primera. Abscesos del hígado*. México. Imprenta de M. Murguía, 1856.
 6. Jiménez, Miguel, F.: *Abscesos del hígado*. La Unión Médica de México. Tomo I, pp. 49, 138, 158, 163, 179, 307, 328. Tomo II, pp. 10, 22, 93, 105.
 7. Chévez, A.; Sepúlveda, B.; Segura, M.; Corona, D. y Díaz, J.: *Fases iniciales de la actividad patógena de E. histolytica sobre el hígado del hamster. II. Confrontación de trofozoítos con fragmentos de hígado*. En prensa.
 8. Waring, J. W.: *An enquiry into the statistics and pathology of abscess in the liver*. Trevantrum, 1854. Citado por: Murchison, Ch.: *Clinical lectures on diseases of the liver*. 3a. edición. Londres, Longmans, Green and Co. 1885, p. 210.
 9. Rous, F.: *Recherches sur les suppurations endémiques du foie*. Paris, 1860. Citado por Frerichs, F. T.: *A clinical treatise on diseases of the liver*. Nueva York, Wm. Wood and Co. 2:149, 1879.
 10. Jiménez, Miguel F.: *Tratamiento de los abscesos de hígado*. GAC. MÉD. MÉX. 2:12, 1866.
 11. Jiménez, Miguel F.: *Observación interesante de absceso del hígado*. GAC. MÉD. MÉX. 2: 233, 1866.
 12. Jiménez, Miguel F.: *Abscesos de hígado*. GAC. MÉD. MÉX. 3:131, 1867.
 13. Jiménez, Miguel, F.: *Un incidente grave en la historia de los abscesos del hígado*. GAC. MÉD. MÉX. 7:317, 1872.
 14. Jiménez, Miguel, F.: *Otro incidente en el tratamiento de los abscesos del hígado*. GAC. MÉD. MÉX. 9:301, 1874.
 15. Jiménez, Miguel F.: *Diagnóstico diferencial en los abscesos del hígado*. GAC. MÉD. MÉX. 10:345, 1875.
 16. Annesley, J.: *Researches into the causes, nature and treatment of the more prevalent diseases of India, and of warm climates generally*. Londres, 1828, Longman, Rees, Orme, Brown and Green. Citado por: Manson-Bahr, P.: *The dysenteric disorders*. Baltimore, The Williams and Wilkins Company. 1940, p. 242.
 17. Somolinos D'Ardois, G.: *La obra del doctor Miguel F. Jiménez*. GAC. MÉD. MÉX. 97:929, 1967.
 18. Brassetti, F.: *Tesis sostenida en su examen general de medicina y cirugía*. GAC. MÉD. MÉX. 4:361, 1869.
 19. Rogers, L.: *The rapid cure of amoebic dysentery and hepatitis by hypodermic injections of soluble salts of emetine*. Br. Med. J. 1:1424, 1912.
 20. Ochsner, A.; DeBakey, M. y Murray, S. D.: *Amoebic hepatic abscess. An analysis of 139 cases with review of the literature*. Journal International de Chirurgie. Tomo IV, Bruselas, 1939.
 21. Ayala-González, A.: *Tratamiento quirúrgico de los abscesos hepáticos*. Rev. de Gastroenterol. de México. 14:202, 1949.
 22. Landa, L.; Perches, A.; de León, A. y Sepúlveda, B.: *El tratamiento del absceso hepático crónico agudo con metronidazol*. Arch. Invest. Med. (Méx.). 2 Supl. 1:421, 1971.
 23. Perches, A.; Nieves, M.; Landa, L. y Sepúlveda, B.: *Quimioterapia del absceso hepático amibiano*. En prensa.
 24. Guarner, V.: *La evolución de los conceptos en el tratamiento quirúrgico de la amibiasis invasora del hígado*. Arch. Invest. Med. (Méx.). 5, Supl. 2:549, 1974.
 25. Bautista, J.: *Tratamiento quirúrgico de la amibiasis invasora*. En prensa.

III LA CONTRIBUCION DEL DOCTOR DON MIGUEL F. JIMENEZ AL ESTUDIO DEL TIFO *

MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ ‡

Dos fueron los temas que estudió con predilección el doctor don Miguel Francisco Jiménez y que dieron amplia base para su justa fama. Han escuchado ustedes al doctor Bernardo Sepúlveda, presentar y comentar los trabajos que aquel eminente sabio hizo en relación con el absceso hepático. A mí se me pidió recordar los que versaron sobre el tifo, y si acepté sin vacilar tal encargo no fue porque considere tener conocimientos en cuestiones de tifo, sino porque conociendo desde hace ya muchos años los estudios sobre tifo que hizo el doctor Jiménez, he sido desde entonces admirador devoto de tan preclaro maestro, y por haber tenido el privilegio de haber participado en la organización del homenaje que a su memoria hizo la Secretaría de Salubridad y Asistencia, en el año de 1944, cuando se cumplió un siglo desde la presentación del primero de los dos trabajos primordiales que sobre aquella enfermedad dejó el sabio cuya conmemoración nos ha reunido ahora. Una de las formas que revistió aquel homenaje consistió en la reedición, hecha bajo el cuidado del académico doctor don Everardo Landa, de esos dos trabajos, reunidos en un volumen pulcramente impreso. Es que los méritos de la obra realizada por el doctor Jiménez son de tal magnitud, que han movido a recordarla y en-

comiarla en varias ocasiones, como seguirá sucediendo en el futuro, mientras haya aquí médicos con sensibilidad e inteligencia que les impulsen a admirar a los grandes maestros de otros tiempos.

El primero de esos dos trabajos, titulado "Apuntes para la historia de la fiebre petequial o tabardillo que se observa en México", fue presentado en la sesión que la Sociedad Filoiátrica tuvo el día 31 de octubre de 1844. Su autor lo dedicó "A los señores catedráticos de la Escuela de Medicina de México, a cuya ilustración y esfuerzos filantrópicos debe hoy la ciencia en nuestra patria un porvenir halagüeño de adelanto y esplendor; como un testimonio de gratitud por su empeño generoso por mi educación y adelantos, por los honores con que me han distinguido y la amistad que me dispensan".

En una breve introducción el autor expone el móvil que le impulsó a hacer ese trabajo, diciendo: "Tiempo ha que nuestros prácticos han sentido la imposibilidad de aplicar entre nosotros, sin enmienda ni restricción alguna, las doctrinas que los sabios de otros países, y principalmente de Europa, han sabido deducir de los hechos, y creo llegada la vez de comenzar a exhibir las pruebas de aquel sentimiento tan justo y verdadero". Manifiesta que tanto sus propias observaciones como "la meditación de las obras que en Europa han enriquecido la ciencia en el ramo de que voy a ocuparme" le han hecho darse cuenta de que hay grandes

* Leído en la sesión solemne que la Academia Nacional de Medicina celebró el 31 de marzo de 1976 para conmemorar el primer centenario de la muerte del doctor don Miguel F. Jiménez.

‡ Académico honorario.

diferencias entre el tabardillo como se observa en México y las fiebres que con los nombres de tifo o de fiebre tifoidea se registran en Europa.

Presenta en seguida, en extenso relato, las historias clínicas de diez casos típicos de la enfermedad que ha venido observando, ocho de los cuales terminaron por defunción, lo cual le permitió estudiar, por la necropsia, las lesiones que se produjeron en tal enfermedad. Esta parte de su trabajo no se presta a ser resumida satisfactoriamente, pues contiene tal cantidad de información sobre los casos observados, de citas de autores europeos compulsados y de comentarios propios del autor, que omitir algo de ello sería prescindir de datos de indiscutible importancia. Es admirable el orden y el esmero que pone en la busca de todos los elementos provechosos para el diagnóstico, desde la anamnesis, pasando después al examen físico general, a la recolección de los síntomas subjetivos como los relata el paciente, y de los signos clínicos descubiertos por la exploración metódica de todo el cuerpo. También lo es su sensato razonar, el cuidadoso comparar sus observaciones con las que de sus propios casos exponen autores europeos como Louis, Andral, Chomel, Bretonneau y otros, así como los comentarios juiciosos que de todo ello hace el autor.

Después de esta presentación viene un estudio comparativo no sólo de los diez casos mencionados, sino, además, de otros ciento diecinueve que ha registrado, lo cual permite que basándose en los razonamientos que siguen sobre una gran cantidad de hechos, quede eliminada la influencia del azar y sus conclusiones tengan gran solidez.

Con método tan riguroso como el aplicado en la presentación de sus casos, formula una imagen sintética de la enfermedad objeto de sus estudios. Comienza por la etiología, de la cual menciona los elementos que le fueron accesibles, y los compara con lo que al respecto relatan los médicos franceses. De entre tales elementos destaca el de que en ninguno de sus casos la enfermedad actual había atacado antes al paciente, lo cual confirma la noción de que "un ataque de la fiebre pone al que la sufre a cubierto del mismo mal para lo sucesivo".

Sin darles más importancia de la muy escasa que en realidad tienen, menciona la gran variedad de los pretextos a los que la gente suele atribuir la aparición del tabardillo y retiene uno solo de ellos, por su gran frecuencia, el enfriamiento. Confiesa enfáticamente su ignorancia acerca de si el tifo es o no contagioso, en términos que examinaremos más adelante, al comentar estos trabajos que ahora estamos recordando.

Trata luego de la invasión del mal, que en México es casi siempre súbita e imprevista, y que se revela por un conjunto de síntomas tan constante que "en muchos casos son como una copia unos de otros", y siguiendo con su comparación entre la enfermedad como acontece en México y en Europa, afirma que el síntoma más constante aquí es la constipación, mientras que en la segunda lo es la diarrea.

Dedica después un breve capítulo a la marcha, duración y terminación de la enfermedad, en el cual también compara lo que aquí ha encontrado con lo que exponen los autores europeos, y en un capítulo final presenta el tratamiento aplicado a

los casos que ha atendido, el cual consistió en la administración de purgantes, enemas, sudoríficos, baños y emisiones sanguíneas y un régimen dietético muy restricto, a base de atole y de un poco de caldo y de vino cuando se ha iniciado la mejoría, y siempre el uso "a pasto", para emplear sus propios términos, de bebidas acuosas refrescantes con un poco de crémor tártaro.

El segundo de los trabajos sobre el tifo que ahora consideramos, fue publicado veinte años después del precedente, con el título de "Sobre la identidad de las fiebres". En éste declara su autor que en su opúsculo de 1844 "olvidó el trazar un cuadro rotundo de la enfermedad"; que desde entonces ha copiado un material abundantísimo, pues pasan de trescientas las observaciones que ha registrado; que, además, ya conoce *de visu* la fiebre de Europa por haber tenido la oportunidad de estudiarla allí y en otros países, y ofrece una descripción de conjunto del tabardillo "que diariamente tenemos a la vista".

Hace entonces una descripción magistral de la patología del tabardillo, comenzando por la distribución geográfica de esta enfermedad y prosigue mencionando los factores etiológicos que de ella ha podido apreciar, la manera como invade al organismo, su cuadro clínico en el comienzo y en el curso de su evolución, los principales signos pronósticos, su modo de terminar, las lesiones que ha encontrado en las necropsias y la terapéutica que ha aplicado en los casos a su cuidado. Sigue un cuadro comparativo entre la fiebre tifoidea y el tabardillo, en donde resaltan muy objetivamente las diferencias que ha encontrado entre estas dos entidades morbosas y añade las que ha recono-

cido entre el tabardillo de México y el tifo descrito por sus observadores en Europa.

A pesar de que la manera como consideró los hechos por él observados y las exposiciones de los autores europeos llevaron al doctor Jiménez a pensar en una identidad básica entre tifo europeo, tabardillo mexicano y fiebre tifoidea, insiste en que "el tabardillo tiene incuestionablemente una fisonomía tan propia y tan peculiar que yo querría que continuásemos dándole aquel nombre, que tan bien lo caracteriza en nuestro país, y que tiene, además, la ventaja de no preocupar el ánimo para la resolución ulterior de las graves cuestiones que entraña la piretología". Teniendo en cuenta que en varios lugares de México el tifo presenta modalidades diferentes en ciertos aspectos, aconseja que éstas sean objeto de estudio cuidadoso.

Hasta aquí el intento de resumen de los trabajos sobre el tifo que tanto contribuyeron a la merecida fama del doctor Jiménez. Trataré ahora de comentarlos, no por cierto con la pretensión de juzgarlos técnicamente, para lo cual no tengo autoridad, sino con el propósito de hacer resaltar los méritos del sabio a quien hoy volvemos a recordar.

En primer lugar se ha de reconocer la encomiable actitud de Jiménez para dedicar mucho de su tiempo y de sus dotes a estudiar el tifo como se presenta entre nosotros, teniendo en cuenta la frecuencia y la gravedad notorias de ese mal, y contribuir así provechosamente al mejor conocimiento de nuestra patología nacional. Tales estudios son una muestra evidente del alto aprecio en que el doctor Jiménez tenía a su actuación docente, y de que

entendía a la medicina no sólo como un medio para servir a los enfermos, sino como fuente para la investigación de nuevas verdades y la propagación de éstas a través del ejercicio magisterial.

También destaca su empeño en consultar asiduamente los textos médicos más importantes en su época, para enterarse de lo que los investigadores europeos sabían acerca de las enfermedades tíficas; lo cual le llevaba a confirmar que "no es debido aplicar entre nosotros, sin enmienda ni restricción alguna, las doctrinas que los sabios de otros países han sabido deducir de la observación atenta e ilustrada de los hechos".

Bastaría la conciencia clara que de estos dos móviles tenía Jiménez para hacer admirable a su obra: el propósito de contribuir al mejor conocimiento de enfermedades que en nuestro país son comunes y suelen ser graves, y el reconocimiento de la necesidad de no atenerse exclusivamente a lo que enseñan los sabios de otros países, sino averiguar las verdades mediante la observación atenta, lúcida y asidua de los hechos, tales como ocurren entre nosotros. Por estas dos circunstancias Jiménez debe ser considerado como el iniciador en México de las investigaciones científicas en medicina, y merece el reconocimiento pleno y la gratitud de la profesión médica por su empeño generoso en enseñar todo cuanto llegó a saber.

En varios de los escritos dedicados a exaltar la labor del sabio cuya memoria honramos hoy una vez más, se ha insistido en considerar como el mérito principal de sus estudios sobre el tifo el haber precisado las diferencias que distinguen al tifo de la fiebre tifoidea, pero no se ha puesto bastante énfasis sobre algo más

que hay en esa obra: el reconocimiento de las diferencias entre el tifo como ocurre en Europa y el que acontece aquí en México. Al apuntar esta diferencia atisbó lo que años más tarde se aclaró con precisión, cuando se reconoció que con el nombre genérico de tifo existen varias entidades, tales como el tifo mayor, clásico, grave, del Antiguo Mundo, por infección con *Rickettsia prowazecki* y diseminado por los piojos, y el tifo menor, de otros países, a menudo relativamente benigno, causado por la infección con *Rickettsia mooseri* y transmitido por pulgas, hechos descubiertos aquí y estudiados a fondo por Mooser, Ruiz Castañeda, Zinsser y Varela, y confirmados después ampliamente en otros países.

Ciertamente la lectura de la terapéutica aplicada por el doctor Jiménez a sus tíficos haría sonreír con desdén a más de uno de nuestros médicos contemporáneos, habituados a disponer de un arsenal terapéutico excesivamente vasto e incomparablemente más eficaz que con el muy exíguo del que hace un siglo podían servirse los médicos. Y, sin embargo, en esa terapéutica del doctor Jiménez también aparece una sabiduría real y efectiva. Recurría don Miguel, como base de su tratamiento para el tifo, a los purgantes, hoy poco menos que olvidados, pero justificaba tal proceder atendiendo a que constantemente encontraba la constipación entre los síntomas de sus tíficos. Les administraba, "a pasto", bebidas acuosas, que ayudaban a la mejor eliminación de los desechos orgánicos, y se abstenia de recurrir a medicamentos ya en uso entonces, pero cuya aplicación no es del todo inocua. Sin la guía que ahora da el conocimiento de la naturaleza esencial de la

enfermedad, sin disponer de algún medicamento que ayudara efectivamente al organismo enfermo para modificar, en su provecho, las relaciones con sus parásitos patógenos, Jiménez se abstenía, y los resultados que con ello obtuvo muestran que no estaba desacertado, ya que terminaron por curación 119, o sea el 90 por ciento de los 132 casos en los que basó su primer trabajo. Esa situación que el doctor Jiménez conoció y padeció, perduró muchos años y yo tuve ocasión de contemplarla, cuando en aquel año terrible de 1915, en el que el incremento de nuestras luchas intestinas favoreció el desarrollo de una grave epidemia de tifo, allá en mi Morelia natal, donde era yo estudiante de medicina, la escasez básica de recursos terapéuticos, complicada con toda suerte de otras escaseces, hizo que los muchos tifosos asilados en el Hospital General de la ciudad no recibieran, con intención terapéutica, más que la infusión, administrada "a pasto", de "tianguis", una hierba que crecía abundantemente entre las piedras que formaban el piso de las calles, a pesar de lo cual no todos, ni siquiera la mayoría de esos enfermos perecieron.

Es digno de especial consideración lo que el doctor Jiménez dejó escrito acerca de la transmisión del tifo, en los términos siguientes: "Ingenuamente confieso que cada día me encuentro en mayor perplejidad sobre este punto. Jamás he visto, por una parte, que los tifosos admitidos en los hospitales comuniquen su mal a sus vecinos; y es de saberse que en la época en que me dediqué especialmente al estudio del tifo llegué a reunir hasta diez atabardillados, y ni los demás enfermos ni otra alguna de las personas de la casa tuvieron nada que se pareciese a la fiebre; además,

es muy común en las familias ver a muchos o a todos sus miembros colocarse, por los asiduos cuidados que prodigan a sus enfermos, en las circunstancias más favorables al contagio sin que éste se verifique; mas por otra parte son bien sabidos los casos de alumnos y empleados del Hospital de San Andrés que han contraído allí el tabardillo, especialmente en los años en que el mal se ha generalizado, en los cuales no es raro ver en una casa caer sucesivamente a todos o a muchos de sus habitantes. En estos casos ¿ha existido la comunicación por contagio o la infección con el principio morbífico del tifo, o éste se ha generalizado porque las personas enfermas se hallaban bajo la influencia de una causa común? Para mí es imposible resolver estos problemas". Por ello, al sentar sus conclusiones sobre la etiología del tifo, dice: "De todo lo anterior se infiere que en cuanto a causas inmediatas de la fiebre, reina en México tanta obscuridad como en Europa". Esta confesión de ignorancia trae a mi memoria el recuerdo de otro de nuestros grandes maestros, a quien tuve el privilegio de tratar. En una ocasión en que confesaba una ignorancia suya, don Gonzalo Castañeda dijo a uno de sus alumnos, quien sonreía ante la falla del saber del maestro: "Pero tenga usted en cuenta, joven, que saber que no se sabe también es saber".

Este problema de la transmisión del tifo, que el maestro Jiménez confesaba que no había podido resolver, fue resuelto muchos años después por Charles Nicolle, lo cual le valió un premio Nobel y tal resolución tuvo como punto de partida la misma perplejidad que sintió el doctor Jiménez para decidir si el mal es o no contagioso. Nicolle mismo nos contó, en esta

Academia, cómo había observado reiteradamente que los tíficos internados en el hospital nunca transmitían su enfermedad a los otros pacientes alojados en los mismos pabellones ni al personal que les daba sus cuidados, pero que, en cambio, era evidente que el mal se comunicaba muy a menudo, fuera del hospital, en cuarteles, prisiones o moradas cualesquiera en donde mucha gente vivía agolpada. Un día en que Nicolle, para entrar en el hospital tuvo que pasar materialmente sobre un enfermo tífico que, echado a la entrada del establecimiento esperaba ser internado, se le ocurrió que esos enfermos llevarían consigo algo de que se despojaban al entrar en el hospital, y que en ese algo estaría lo que transmite el tifo. Reconociendo que lo que los enfermos dejaban tras de sí era su ropa, sus cabellos y la suciedad de sus cuerpos, pensó que en ello habría piojos frecuentemente, y que estos parásitos serían los transmisores del tifo. Partiendo de esa hipótesis de trabajo y después de una labor experimental ardua y dilatada, obtuvo la comprobación experimental de que el piojo es el factor principal en la transmisión del tifo. Es claro que el doctor Jiménez estuvo cerca de descubrir la manera como se propaga el tifo.

Es indudable que conocer la obra de don Miguel Jiménez y meditar sobre ella es altamente provechoso y sería muy conveniente que nuestros médicos jóvenes no se limitaran a leer en las revistas médicas de nuestros días, "lo que hay de nuevo" en el dilatado campo de la medicina, sino que, de vez en cuando, lean los artículos originales, clásicos, de quienes en un pasado más o menos remoto contribuyeron efectivamente al progreso de esta disci-

plina. Así entenderían mejor los procesos morbosos que se manifiestan como enfermedades, tendrían conciencia más clara del valor de los conocimientos nuevos y de los recursos modernos de que ahora disponen para cumplir su misión. Estos artículos del doctor Jiménez que hemos presentado una vez más, son una lección modelo de la patología del tifo y recuerdan cómo se debe explorar a los pacientes para obtener la más amplia y precisa información que sirva para el diagnóstico, el pronóstico y el tratamiento, y fomentan una relación más íntima entre el médico y sus pacientes. Advierten que no hay que aceptar como verdad inconcusa, todo lo que aparece impreso en libros y revistas, así sea en capítulos o en artículos redactados por maestros eminentes, sino que hay que comprobar la verdad en la observación directa, en la experimentación correcta, en el raciocinio lógico. Son una lección de ética en cuanto muestran el sentimiento que animaba a su autor para servir a su patria, aliviando sufrimientos, salvando vidas, averiguando nuevas verdades y contribuyendo a la mejor preparación de quienes habrán de continuar esa obra en el futuro.

Finalmente, quienes lean con atención esos trabajos del doctor Jiménez recibirán una lección más: la de reconocer que si la verdad se enuncia con lenguaje claro, preciso y correcto, es más fácilmente entendida, más justamente apreciada, más firmemente aprendida que si, como por desgracia ahora sucede a menudo, ha sido escrita tan descuidadamente que suele ser difícil saber lo que quiso decir quien así escribió. El doctor Jiménez escribía con toda corrección, con gran claridad, con sensible elegancia. Es indudable que estas

cualidades de su lenguaje se fincaban en su conocimiento del latín, que durante varios años estudió en Taxco, en Toluca y en el Seminario Conciliar en esta capital. El reconocimiento de esta cualidad suya nos lleva a advertir otro mérito en Jiménez, su modestia, revelada frecuentemente de varios modos, pero que en relación con la circunstancia que ahora nos ocupa se manifiesta en no hacer gala de su conocimiento del latín, a pesar de lo cual éste asoma en una de sus historias clínicas cuando al exponer el tratamiento del caso, dice que prescribió "una píldora de éstas: *extracti gummosi opii et alcobolici nucis vomicae, ana gramum; catechu, scrupulum; confectionis rosas, quod sufficit ut fiant octo pilulae*", y cuando transcribe un párrafo de Roederer y Wagler sobre los folículos de Peyer, cuya versión castellana no ofrece, tal vez porque pensaría que, como escribía para gente docta, no sería necesario ofrecer tal traducción.

Fue tal vez el reconocimiento de la circunstancia que ahora recordamos, lo que indujo al doctor don Everardo Landa, inspirado por su claro espíritu humanístico, a poner en latín la dedicatoria del volumen que contiene los dos trabajos principales de Jiménez sobre el tifo, en aquella reimpresión a la que aludimos.

En este mundo de nuestros días, demasiado pragmático y desdénoso de lo que no sea nuevo, ya no se enseña el latín a quienes se preparan para seguir las carreras de las ciencias, y por ello no tuve la suerte de aprender esta noble lengua. Sin embargo, pido a ustedes permiso para que, a pesar de ello, tenga el atrevimiento de repetir en latín, sin que ello sea presunción necia, las frases finales de aquella dedicatoria, para ofrecer este acto que ahora nos ha congregado, "*in honorem et commemorationem viri admodum insignis et maxime semper medici Michaelis Franciscus Jimenez*."

IV BIBLIOGRAFIA ANALITICA DEL DOCTOR MIGUEL FRANCISCO JIMENEZ (1813-1876)

Recopilación realizada por
SUSANA OSCOY DE ORTIZ *

I. Artículos biográficos o en homenaje al doctor Miguel Francisco Jiménez

1. *Corona fúnebre del doctor Miguel F. Jiménez*. Corona que la Academia

de Medicina consagra a la memoria del ilustre catedrático de Clínica Interna, doctor don Miguel F. Jiménez que falleció el día 2 de abril de 1876. GAC. MÉD. MÉX. 11:161, 1876. (Contiene: nota necrológica de Francisco Salgado; discursos de José Ma. Vigil, José E. Mota, Agustín A. Franco, Maximiliano Galán,

* Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina. Facultad de Medicina. Universidad Nacional Autónoma de México.

- Ildefonso Velasco, Fernando Malanco, Rafael Angel de la Peña, Francisco Patiño, Pablo Martínez del Río, Jesús Oñate, Manuel Gutiérrez, M. Rocha, José María Bandera, José Ma. Reyes y Gabino Barrera. Contiene además las poesías de Francisco Salgado, F. Frías y Camacho.)
2. *Aniversario*. (Breve nota con motivo del primer aniversario de la muerte del doctor Miguel Francisco Jiménez.) GAC. MÉD. MÉX. 12:140, 1877.
 3. *Velada literario musical* organizada por la Academia Nacional de Medicina (presidente doctor don Samuel García) en la Universidad Popular Mexicana (rector don Alfonso Pruneda) el día 13 de octubre de 1915, en la casa de la Institución: 1a. de Aztecas No. 5, para colocar el retrato del doctor Miguel F. Jiménez. El elogio con apuntes interesantes y datos biográficos, estuvo a cargo del doctor José Terrés. La sesión fue presidida por el doctor don Eduardo Liceaga.
 4. *Discurso leído en la solemnidad que celebró la Escuela Nacional de Medicina el 7 de marzo de 1914, al inaugurarse el aula "Miguel Jiménez"*. La Escuela de Medicina. 29: 121, 1914.
 5. *Datos para la historia del doctor Miguel F. Jiménez*. GAC. MÉD. MÉX. 2:414, 1921.
 6. *Perfil biográfico del doctor Miguel F. Jiménez*. Luis Troconis Alcalá. GAC. MÉD. MÉX. 60:544, 1929.
 7. *El doctor Miguel Francisco Jiménez*. Bernardino de Buelna. El Médico. 12:19, 110, 1959.

8. *Miguel F. Jiménez, médico y maestro. Trascendencia de su obra*. (Tesis que para obtener el título de médico cirujano presenta la Srita. Virginia Castañeda López.) México, 1960, p. 134, 92 ref., 7 ilust.

II. Artículos por el doctor Miguel F. Jiménez aparecidos en revistas

PERIÓDICO DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉJICO (SIC)

9. *Observaciones remitidas*. 5:182, 1840.
10. *Absceso del hígado en comunicación con los bronquios*. 2a. época. 1:229, 1843.
11. *Diabetes curada con sulfato de quiniño*. 1:234, 1843.
12. *Constitución médica actual*. 1:1, 1851.

PERIÓDICO DE LA SOCIEDAD FILOIÁTRICA DE MÉJICO

13. *Observación*. (Indio de 35 a 40 años, ebrio, de buena salud. Enfriamiento, pleuresía. Síntomas de una cavidad comunicando con los bronquios. Muerte el día 51 de la enfermedad. Empiema; fístula pleurobrónquica; endurecimiento pulmonar; placas de Peyer hipertrofiadas). 1:263, 1844.
14. *Operación feliz de una hernia inguinal*. 1:235, 1844.
15. *Sobre los accidentes a que da lugar en México la aplicación de sanguijuelas*. 1:213, 1844.
16. *Discurso pronunciado al comenzar las lecciones de Clínica Médica en la Escuela de Medicina*. 1:218, 1844.

17. *Apuntes para la historia de la fiebre petequial o tabardillo, que reina en México.* 2:20, 1845.
18. *Discurso pronunciado en la distribución de premios de la Escuela de Medicina, el día 7 de diciembre de 1845.* 2:71, 1845.
19. *Sobre el retintín metálico.* 2:82, 1845.
20. *Observación.* 2:97, 1845.
21. *Carta dirigida al redactor en turno del periódico.* 2:108, 1845.
35. *Alcoholólisis o Alcoholismo.* 2:97, 1866.
36. *Absceso del hígado.* 2:233, 1866.
37. *Thórax, lecciones clínicas.* 2:257, 302, 331, 376, 1866.
38. *Sesión de clausura del Año Social 1866.* 2:385, 1866.
39. *Abscesos del hígado.* 3:131, 1867-8.
40. *Vacuna animal. Dictamen de la Comisión.* 4:49, 1869.
41. *Cólico grave determinado por un cálculo de colestestina.* 4:59, 1869.
42. *Tiflitis estercoral curada con las inhalaciones del cloroformo y con valerianato de amoniaco.* 4:395, 1869.
43. *Hernias del pulmón.* 5:209, 1870.
44. *En la muerte del doctor Ignacio Eraso por la Escuela de Medicina. Discurso.* 5:244, 1870.

LA UNIÓN MÉDICA DE MÉXICO

22. *Abscesos del hígado.* Lecciones de Clínica Médica. 1:49, 137, 158, 163, 179, 307, 328, 1856.
23. *Rupturas del perineo. Tratamiento por los cáusticos.* 1:55, 1856.
24. *Abscesos del hígado.* Lecciones de Clínica Médica (continuación). 2: 10, 22, 93, 105, 1857.
25. *Hydro-thórax.* Lecciones de Clínica Médica. 2:189, 1857-8.
45. *Discurso en la clausura de los trabajos de la Sociedad Médica de México en el año de 1870.* 6:33, 1871.
46. *Albuminuria.* 6:252, 270, 281, 1871.
47. *Incidente grave en la historia de los abscesos del hígado.* 7:317, 1872.
48. *Discurso en la sesión final del año 1872, al dejar el puesto de presidente de la Academia de Medicina.* 8: 1 Apen., 1873.

GACETA MÉDICA DE MÉXICO

26. *Prospecto.* 1:1, 1864-5.
27. *Obliteración de las arterias.* 1:607, 1864-5.
28. *Epidemiología.* 1:200, 216, 1864-5.
29. *Tabardillo.* 1:205, 1864-5.
30. *Observación de fiebre.* 1:242, 1864-1865.
31. *Expulsión de la vejiga de la orina.* 1:259, 1864-5.
32. *Ruptura del perineo.* 1:265, 1864-5.
33. *Observación de tabardillo.* 1:380, 1864-5.
34. *Tratamiento de los abscesos del hígado.* 2:6, 1866.
49. *Otro incidente en el tratamiento del hígado.* 9:301, 1874.
50. *Palabras en memoria del señor doctor don Francisco Brassetti, a nombre de la Sociedad Familiar.* 9:419, 1874.
51. *Intermitentes perniciosas.* 10:121, 1875.
52. *Diagnóstico diferencial en los abscesos amibianos del hígado.* 10:345, 1875.
53. *Parálisis labioglosolaríngea.* 11:129, 1876.

54. *Crónica de hospitales*. Hospital de San Andrés. Sala de Clínica Interna. Prof. Dr. Miguel F. Jiménez. Jefe de Clínica: Francisco Brassetti. 1: 174, 1873.

III. Monografías y reimpresiones

55. *Apuntes para la historia de la fiebre petequeial o tabardillo, que se observa en México*. Memoria presentada a la Sociedad Filoiátrica, en la sesión de 31 de octubre de 1844. Imprenta de Cumplido. 1846, 105 p.
56. *Sobre la identidad de las fiebres*. Por el doctor Miguel F. Jiménez, catedrático de Clínica de la Escuela de Medicina de México. Imprenta de Andrade y Escalante. 1865, 20 p.
57. *Apéndice a las lecciones sobre los abscesos del hígado. Tratamiento*. Por el catedrático de Clínica doctor Miguel F. Jiménez. Imprenta de Andrade y Escalante. 1866, 40 p. (Este trabajo se publicó anteriormente en GACETA MÉDICA DE MÉXICO. 2:257, 302, 331, 376, 1866.
58. *Alcoholosis*. Lecciones dadas en la Escuela de Medicina de México por el catedrático del ramo doctor Miguel F. Jiménez. Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante. 1866, 20 p.
59. *Albuminuria*. Lecciones dadas en la Escuela de Medicina de México por el doctor Miguel F. Jiménez, catedrático del ramo. Imp. de J. M. Lara. 1871, 46 p.
60. *Dos estudios sobre el tifo*. (1844-1864), por el doctor Miguel F. Ji-

ménez. Secretaría de Salubridad y Asistencia. México, 1945. Reimpresión de dos trabajos ya citados. Apuntes de la fiebre petequeial o tabardillo que se observa en México y Sobre la identidad de las fiebres (1865). Esa reimpresión se llevó a cabo con motivo de la primera reunión interamericana del tifo, efectuada en México. Introducción por el doctor Everardo Landa. 136 p. Reproducción de un retrato de don Miguel F. Jiménez y de las portadas de las comunicaciones a que se ha hecho referencia.

IV. Algunos trabajos de carácter técnico, histórico o bibliográfico en los cuales se cita en forma prominente al doctor Miguel Francisco Jiménez

61. *¿Cuál es el mejor procedimiento operatorio para abrir los abscesos del hígado?* Tesis sostenida por el Sr. D. Francisco Brassetti en su examen general de Medicina y Cirugía. GAC. MÉD. MÉX. 4:361, 1869.
62. *¿Cuándo y cómo deben extraerse los tubos de canalización de los abscesos del hígado, operados conforme al método del profesor don Miguel F. Jiménez?* Doctor Francisco Brassetti. GAC. MÉD. MÉX. 4:393, 1869.
63. *Estudio sobre la llaga en la cadera. (Cancroides uterino.) ¿Cuál es su mejor tratamiento?* Tesis para el examen profesional de medicina y cirugía, presentada al jurado de calificación por Benito Nicoche. México. Imp. del Gobierno, en Palacio. 1873, 42 p., 1 lámina, 30 x 20 cm. (Da a conocer observaciones de los doctores

- Miguel F. Jiménez, Francisco Brasseti, José Ferrer Espejo, Rafael Lucio, Luis Hidalgo y Carpio, Pablo Martínez del Río y Luis Muñoz.)
64. *Fórmulas más usuales del doctor Miguel F. Jiménez*. Fernando A. Malanco. La Independencia Médica. 1: 185, 1880.
 65. *Historia de la Medicina en México*. Francisco A. Flores. Imp. Ofna. Tip. de la Secretaría de Fomento. México. 1888. T-III:30, 57, 59, 91, 99, 118, 139, 146, 148, 150, 152, 344, 389, 544, 559, 627, 754.
 66. *Diez retratos literarios de médicos mexicanos eminentes*. Comité del Centenario de la Facultad de Medicina. Por el ingeniero Agustín Aragón. Imprenta del Depto. de Salubridad Pública. México. 1933. (Miguel F. Jiménez, p. 3-5.)
 67. *México en la cultura médica*. Doctor Ignacio Chávez. Ed. de El Colegio Nacional. México. 1947. p. 92.
 68. *Bibliografía Mexicana del Absceso Hepático*. Doctor Raoul Fournier Villada. La Prensa Médica Mexicana. México. 1956, 110 p. Consta de 137 fichas bibliográficas, numeradas y debidamente comentadas. Las notas Nos. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 11, 16, 18, 20, 21 y 22 están dedicadas al doctor Miguel Francisco Jiménez. Preliminar por el doctor F. Fernández del Castillo.
 69. Fernández del Castillo, F.: *El tratamiento de los abscesos hepáticos antes del doctor Miguel F. Jiménez*. Gac. Méd. Méx. 87:395, 1957.
 70. Fernández del Castillo, F.: *Contribución a la historia del absceso hepático*. El Médico. Año 12, 5-6:72, 1962.